

G. Segalerba tiene el mérito de haber puesto una vez más a nuestro alcance elementos de una definida y antigua línea interpretativa de la obra aristotélica, vinculando la misma a inquietudes semánticas y tomando esquemas conceptuales y herramientas propias de la hermenéutica del siglo XXI.

PATRICIA N. SAMBATARO

Étienne Gilson, *El amor a la sabiduría*, Rialp, Madrid, 2015, 72 pp., ISBN 978-84-321-4513-1

La editorial Rialp, de la mano de Rafael Caldera —a cargo de la presentación, traducción y notas—, nos ofrece en esta oportunidad la tercera edición española del libro del medievalista francés Étienne Gilson (1884-1978), pensador que tuvo una vastísima labor intelectual pero que brilló sobre todo por sus escritos y alocuciones en torno al pensamiento de Tomás de Aquino.

El volumen está compuesto por un discurso y una conferencia que Gilson diera en la Universidad de Harvard y en la de Marquette respectivamente. El primer texto data de 1927 y se titula *Ética de los estudios superiores*, mientras que el segundo es de 1948 y lleva por nombre *Historia de la filosofía y educación filosófica*. En ambos textos el autor aborda el tema del verdadero amor a la sabiduría, pero en cada uno toca con su prolija y afable pluma algún aspecto del mismo.

En *Ética de los estudios superiores* —a pesar de los casi noventa años de la conferencia— se ofrece un tema por demás actual y necesario para el académico e investigador que se precie de tal. Allí Gilson redefine el término erudición (*scholarship*) que suele estar más difundido, es decir, aquel que pone el acento en la cantidad de conocimientos que alguien posee. En cambio, para nuestro autor, el auténtico erudito es aquel cuya vida intelectual es parte de su vida moral, el que ha decidido ajustar su vida intelectual a las exigencias de su conciencia moral. Y lo primero que ello exige es la *honradez intelectual*, es decir un respeto escrupuloso por la verdad. El erudito que posee esta virtud, *v.gr.*, nunca cita un libro que no ha usado y nunca usa un libro que no ha de citar. Así como en la honradez moral no hay detalles que puedan omitirse, lo mismo puede decirse de la honradez intelectual. La segunda virtud que se exige de un erudito es la *humildad*, a la que en lenguaje moderno podría llamarse *sumisión a la verdad* u *objetividad*. Esta virtud implica estar siempre abiertos a la verdad, sea antigua o nueva y, por supuesto, someternos a ella, cualquiera sea la

época o la dirección de la cual provenga. En este orden de ideas, si bien tenemos todo el derecho a decir que nada es verdad hasta que llegue a serlo para nosotros, esto no quiere decir que algo sea verdad tan solo porque es verdad para nosotros, «al contrario, tuvo que convertirse en vuestra propia verdad, porque era, es o será verdad para toda mente humana normal capaz de captarla» (p. 27).

En el siguiente texto, *Historia de la filosofía y educación filosófica*, Gilson retoma algunos tópicos que aparecen esbozados en el apartado anterior, pero ahonda un poco más en ellos. Nos dice que la filosofía, más que un saber determinado, es una vida dedicada a la búsqueda de un saber: la sabiduría. Por ello, para nuestro autor hay pocos auténticos filósofos, pues no hay que confundir al profesor de filosofía con el filósofo: aquel se dedica a la vida activa (a enseñar) y este a la contemplativa (a filosofar). De lo dicho anteriormente surge una aporía: si la filosofía requiere de toda la vida, cómo puede enseñarse en los años que dura un estudio de grado; incluso el asunto se complica más si uno profundiza y se pregunta si la filosofía puede ser enseñada o aprendida. En este sentido, que los profesores sepan la verdad y nos la digan no quiere decir que nosotros automáticamente la sepamos, pues nadie conoce sino por su propia inteligencia. Sin embargo, como explica Santo Tomás, aunque los docentes no puedan pensar por nosotros, sí pueden ayudarnos y hasta hacernos pensar por nosotros mismos. Entonces aparece nuevamente la cuestión de cómo se puede enseñar filosofía. Por cierto, Gilson no apunta a cuestiones pedagógicas o metodológicas sino a indagar cuál es el mejor acceso a la filosofía. Si bien nuestro autor no le quita valor a las famosas introducciones, dice que estas no deben ser más que eso: introducciones. Pues donde comienza la filosofía deben terminar las introducciones. Recordemos que esto viene a cuento dado que el problema gilsoniano aquí presente no es solo aprender filosofía, sino llegar a ser un filósofo, es decir, poseer la filosofía pero de un modo más perfecto, a saber, como sabiduría. Así, para el medievalista francés «no se puede ser creador en filosofía a menos de ser un verdadero filósofo; pero se puede vivir y morir siendo un verdadero filósofo sin haber creado nada en filosofía» (p. 46).

Ahora bien, esa vida consagrada a la búsqueda de la sabiduría necesita que se le enseñe no ya filosofía sino a filosofar. Y esta tarea solo podrá llevarla a cabo un maestro que a la vez sea un gran filósofo y que posea una afinidad espiritual con su discípulo. Puesto que encontrar un guía con semejantes cualidades es muy difícil, por ello

no solo tenemos que buscarlo en la contemporaneidad, sino también en el pasado; quizás ese antiguo maestro esté esperándonos para que le contemos nuestras dificultades.

Pues bien, aquí entra a tallar la historia de la filosofía como parte de una educación filosófica. Dicha historia no es una escuela de escepticismo o la enseñanza de la suma de todos los errores, sino que hay que entender que no se puede ser filósofo prescindiendo de la historia. Gilson pone el conocido caso de Santo Tomás y los tomistas: cuán común ha sido el reemplazo de las obras del Aquinate por aquellas *ad mentem Divi Thomae*; cuán común la substitución de un tratado filosófico por un manual de filosofía. Por tanto para Gilson «la historia de la filosofía no puede ser un cementerio de filósofos muertos, porque en filosofía no hay muertos. Gracias a la historia, todos los grandes filósofos viven todavía [...]» (p. 64). La gran tarea de la historia de la filosofía es buscar las fuentes de dicha filosofía. Incluso más, la filosofía no tiene existencia propia fuera de los grandes filósofos y solo estos podrán encender otras vidas filosóficas. Por ello, Gilson nos recuerda que la filosofía en sí o en estado puro no existe, ella es una esencia, no un ser. De allí que la idea de una *philosophia perennis* apunte a la posibilidad que tiene todo hombre de actualizar una esencia con su propia existencia.

Creemos que esta es una obra cuasi obligatoria tanto para los estudiantes que están haciendo sus primeras armas intelectuales cuanto para los jóvenes académicos e investigadores noveles. Y en este sentido, junto a clásicos como *La vida intelectual* de Sertillanges o *El trabajo intelectual* de Guitton, *El amor a la sabiduría* es un escrito indispensable para los que emprenden el camino anunciado en el título.

Si bien estamos ante un libro pequeño en cuanto al número de páginas, sin dudas es enorme por su contenido y por la propia experiencia de Gilson que se trasluce en la lectura, esto es, la experiencia de una auténtica ética filosófica vivida por su autor; pues después de estudiar sus obras, ¿quién podría dudar de que Gilson fue un verdadero amante de la sabiduría y —por qué no— un maestro que encienda nuestra propia vida filosófica?

CEFERINO P.D. MUÑOZ